

abandona ó corrige á sus guías y va por mejor camino; pero lo mas ordinario es, errar ó tropezar con ellos, y á veces caer por su precipitacion ó ligereza donde ellos no cayeron. Solía copiar y extractar con sobrada priesa, y en ocasiones omitir y añadir á su arbitrio sin razon suficiente. Exhibiré pruebas de todo ello en lugares propios: basten al presente unos egemplos. Por seguir á ciegas las citadas historia y vida, ó sea sus copias incorrectas, equivoca el dia en que Colón salió de las islas Canarias para las Caribes en su segundo viage, el en que estuvo surto en el rio de la Misa quando reconocia la costa meridional de Cuba, y la data de la instruccion dada á Margarít poco antes de emprender ese reconocimiento: confunde las especies de lo visto en las islas Isabela y Fernandina quando se descubrieron: pone nieves en el puerto de Plata, y de ahí trae su denominacion: en unos quince dias conduce á Peralonso Niño del puerto de Cadiz al de santo Domingo en la Española. Su principal despensa fué la crónica de Casaus: de ahí toma lo mas, comunmente mejorando el lenguaje, y desembarazando la narracion de mil impertinencias: las invectivas y declamaciones freqüentes, eternas, acaloradas en extremo, omítelas casi de todo punto, no por encubrir los males que libremente expone y condena, sino moderándose segun exige la prudencia y la naturaleza del escrito. No son tan laudables otras omisiones. El obispo acostumbraba llenar las narraciones de muchas circunstancias verisímiles á su parecer, aunque

no le constasen; pero dábaldas como conjeturas diciendo *creo*, *por ventura*, ó cosa semejante. Herrera suele quitar esas expresiones, y vende por averiguado lo incierto. Aun cosas que refiere Casas como tradiciones y opiniones, se leen en Herrera como hechos constantes. Así sucede en el cuento del turey de Vizcaya y varias circunstancias de la estratagema y forma que usó Alonso de Ojeda en prender al gran cacique Caonabó.

A pesar de estas y otras faltas siempre hasta nuestros dias ha sido estimado Herrera por el príncipe de los historiadores de América. Y quién podia disputarle este honor? quién conocer en el pleyto y pronunciar sentencia? Los que han escrito despues, quanto á los primeros tiempos en particular, se han servido de los precedentes autores con poca crítica. Ninguno veo que cautelándose con una desconfianza metódica los haya estudiado y comparado detenidamente, ninguno que por medio de un maduro exámen haya tan siquiera cogido el fruto que era capaz de producir lo que hay impreso en el asunto. Mucho menos hallo quien haya tenido ni aun procurado los materiales convenientes para levantar desde los cimientos el edificio de esta historia. Prométenle en sus inscripciones ciertas fábricas recientes de arquitectos que osarian estar á prueba con los mejores de todas las edades: vistosas superficies sin solidez: que no es mas una obra histórica sin el fundamento de hechos ciertos y comprobados. La buena razon condena los sistemas abstractos

igualmente en la ciencia física que en la moral. La observación, la experiencia, el discurso ajustado y conforme en todo al hecho de la verdad, estos son los caminos únicos de aprovechar así en el conocimiento de la naturaleza, como en el de la sociedad humana y sus memorables sucesos: cuya exposición fiel, para formar el juicio y corazón de los hombres, incumbe al historiador; y por consiguiente le incumbe usar todos los medios posibles y más adecuados al desempeño de su obligación.

Por lo que á mí toca, no he perdonado á desvelo ni fatiga para juntar y preparar el material y aparato, no para idear, ejecutar, y pulir la obra. En la sustancia y en el modo he procurado ajustarme á las reglas del arte, á las leyes fundamentales de la perfecta historia. He escrito la verdad pura, como dicen, según mi leal saber y entender; y he dicho todas las verdades de importancia sin callar alguna por respetos del mundo. Tal es el derecho y la obligación del historiador, en cuyo uso y cumplimiento no hay lugar á la menor fuerza ó dispensa. Deje el delicado oficio, como hiciera yo, quien por qualquiera causa no haya de ejercerlo con libertad. Pero esta libertad tiene sus leyes prescritas por la prudencia y el buen gusto, por la honestidad y utilidad pública, por la caridad, en una palabra por la razón y la religión. Quan laudable y precisamente necesaria es la libertad justa y legítima, tanto debe reprobarse toda suerte de licencia, maledicencia, ironía menos digna,

ó descomedimiento. Gran delito es dar mal ejemplo en todo género de escritos; pero eslo mucho mayor en la historia, á quien por instituto y fin primario pertenece inclinar á la virtud y desviar del vicio por medio de ejemplos. Gobernado por estos principios expongo los bienes y los males del modo que he juzgado más propio y justo; pero de ciertos males solo lo que basta para detestarlos, sin que parezca recrearme en su exposición, ó querer se recreen otros en su lectura. Ordinariamente soy breve bien á costa mía, porque me esfuerzo á medir las palabras con las cosas, á poner cada especie en lugar tan propio que no sea menester repetirla, y á darles aquel orden y encadenamiento que conduce á facilitar la inteligencia y auxiliar la memoria. Las reflexiones, por muchas que haga yo antes y al tiempo de escribir, úsolas con gran parsimonia. Hago por inspirarlas, ya en el modo de presentar los objetos, ya esparciendo por el campo de la narración ciertas semillas de que fácilmente puedan nacer útiles meditaciones en el ánimo de un lector atento; quien sin duda las cultivará con tanto mayor fruto, quanto más suyas las creyere.

Insinuadas mis diligencias y miras principales, resta decir de la distribución de la obra. En el cuerpo de ella doy la narración simple y desembarazada de citas, disputas y combinaciones, imitando á los antiguos clásicos. Así conviene al común de las gentes. Para satisfacer también á los literatos, exhibiré al fin de cada

reynado los fundamentos en que se apoya la verdad de los sucesos referidos; y esto en dos maneras. Daré un apéndice de pruebas é ilustraciones históricas, para manifestar lo cierto de mis aserciones, con los motivos justos por que altero y enmiendo las de autores muy acreditados, y extender tal vez algunos particulares mas de lo que permite la precision de la historia. Aquí tendrán lugar las citas, las quæstiones, los discursos conjeturales; y el paso á que se refieran se notará con las remisiones de libro y seccion. Separadamente publicaré una buena coleccion de documentos y escritos inéditos. Y así de estos como de los que no publique, por ser de menos importancia, ó de excesivo volumen, daré razon mas ó menos individual, segun juzgare conveniente. De los historiadores impresos hablaré en el prólogo de cada uno de los tomos, como es de ver en el presente, no de todos que sería obra infinita, sino solamente de los mas notables por la edad y por el mérito real ó de estimacion. Ademas se añadirán algunos adornos útiles, de que se dirá segun se vayan publicando.

Este primer tomo lleva al principio el retrato del descubridor, dibujado y gravado con esmero. Entre muchos quadros y estampas que se venden falsamente por tales retratos, solo uno he visto que pueda serlo, y es el que se conserva en la casa del excelentísimo señor duque de Berwick y Liria, descendiente de nuestro héroe: figura del natural pintada al parecer en el siglo pasado

por un mediano copiante, pero en que aparecen indicios de la mano de Antonio del Rincon, pintor célebre de los reyes católicos. Las señas dadas por Fernando Colón del rostro de su padre han servido para elegir la efigie mas semejante, y para enmendar los defectos que se advierten en algunas facciones, ó mal entendidas por el artífice, ó desfiguradas por las injurias del tiempo. Al fin va un mapa del hemisferio occidental, suficiente para formar idea de la situacion y extension del Nuevo-mundo y sus principales partes. A un lado de él se ha puesto la isla Española en escala mayor, con las divisiones de sus señoríos y provincias al tiempo del descubrimiento, añadidos algunos nombres impuestos por el descubridor y los primeros colonos. Semejantes mapas del antiguo estado de la Española, pero muy diminutos, confusos é inexactos, dieron en el siglo XVI Ramusio y su copiante Porcacchi, y en el nuestro los geógrafos d' Anville y Bellin.¹ Guiáronse por la escasa luz que prestan las obras impresas de Martir, Oviedo, y el obispo fray Bartolomé de las Casas. El que presento es conforme á una descripcion menuda que el mismo obispo hizo de dicha isla en los nueve primeros capitulos de su *Apologética historia*, obra inédita de crecido volumen en que empleó todo el cau-

¹ Ramusio en su coleccion T. 3, al fin mapa que pone Charlevoix en su historia del sumario de P. Martir. Del qual se apro- de la Española, lib. 1. De este sacó Bel- vechó Porcacchi en su obra intit. *L'isole* lin el que va en la historia general de los *piu famose del mondo.* D' Anville hizo el viages, T. 12, pág. 19, edic. de París en 4.

dal de su lectura y conocimiento práctico de Indias para ensalzar aquellas regiones y gentes.

Concluyo suplicando á los cuerpos y sugetos que posean documentos, relaciones ó libros no publicados en materias de Indias, se sirvan de comunicarme sus luces á beneficio comun. A quantos me han favorecido y favorecieren con escritos ó noticias importantes, los nombraré en su lugar dando público testimonio de mi agradecimiento.

ERRATAS EN EL PRÓLOGO.

Pág. I. lin. 20. dice acerté pedir = léase acerté á pedir

Pág. VIII. lin. 11. dice es mas = léase es el mas

HISTORIA

DEL NUEVO-MUNDO

LIBRO I.

NUEVO-MUNDO llamaron nuestros mayores aquella gran parte de este globo de tierra y agua que se descubrió por los españoles en tiempo de los reyes católicos. Nombre impuesto con mas justa causa que la que tuvieron los antiguos para llamar el mundo todo á la pequeña porcion que alcanzaron á conocer. Fueron á la verdad muy cortas las ideas geográficas de los hombres hasta el tiempo de la grandeza romana. Ni durante el esplendor de este imperio se extendieron á mas de la octava parte del globo. De las tres principales, en que se dividió el antiguo continente, aun no fué enteramente conocida la menor. Países dilatadísimos, que harían bien la mitad del Asia y del África, ó se ignoraron de todo punto, ó no se conocieron sino por relaciones sumamente inciertas y diminutas. Cerca de mil años se pasaron desde que los bárbaros del norte se hicieron superiores á la potencia romana, sin que se adelantase